

## Zambrano: De la imagen a la mediación de la palabra

*Maríana Bernárdez\**  
Universidad La Salle

Palabras clave: vida, enigma, sentimiento, fundamento, imagen

**P**ara descifrar los enigmas planteados por la vida, “el corazón tiene que presentarse dueño de sí y para ello necesita ser sostenido”.<sup>1</sup> Ello, ¿qué significa? La pregunta genera un sobresalto en quién es apelado y antes de dar una respuesta requiere de una detención en su mente; es el presente ancho como una duración: “una sucesión de instantes separados entre sí por un vacío apenas perceptible: es vacío indispensable para que el tiempo pase, ese poro que en la atemporalidad no existe”.<sup>2</sup> Tal vacío es necesario entre la pregunta y el responder, que es presentarse y estar frente a la realidad. El corazón, por un lado, debe sostenerse en esta situación de manera firme para que surja la respuesta; por otro, debe sostener, en el acto de responder, al sujeto para que esté presente y despierte.

¿Por qué el corazón? Quizá porque es la hondura imposible de engañar al entrañarse hacia adentro, tal vez porque su latido presuponga un sentido de presencia que permite a María Zambrano proponer el despertar como la apertura al conocimiento y al amor; así, el sujeto despierta del hechizo dado por la imaginación

---

\* itaca\_mx@yahoo.com

<sup>1</sup> María Zambrano, *Notas de un método*, Madrid, Mondadori, 1989, p. 110.

<sup>2</sup> María Zambrano, *Los sueños y el tiempo*, Madrid, Siruela, 1992, p. 71.

suplantadora y creadora de la detención de su fluir íntimo, cuando suspira como acción liberadora de la imagen absoluta que sustituye su ser por un personaje, o cuando encuentra una lágrima de amor perdida que lo lleva a rescatarse a sí mismo, porque es una gota que puede ser entrada y salida a los ínferos del ser.

Cuando ello sucede, el sujeto pasa de la imagen suplantadora-persistente a un modelo mediador que es “medida, número, figura, quietud, peligroso si nos mira, liberador si nos deja que le creamos, que le sigamos en su transformación”.<sup>3</sup> Es, pues, imagen mediadora entre el corazón de quien ama y el amor que se le ofrece y que, por su acción, se convierte en forma que cumple su función verdadera de abrir el camino del conocimiento. “La ‘milagrosa’ cura es la conversión del delirio en libertad, a causa de la expresión que ha sido capaz de desatar”.<sup>4</sup> Cura que lleva a resaltar que los dioses significan, en Grecia, el fin del delirio de persecución y la apertura de un espacio para que el hombre se encuentre a sí mismo, no dentro de la *fysis*<sup>5</sup> ni enteramente dentro de sí, sino en un deslindarse de la *realidad* para hallar un lugar dentro de ella. Las funciones de los dioses-imagen se pueden resumir *a grosso modo* en tres puntos:

*Primero*, permiten un trato con la *realidad*, median entre lo sagrado y lo humano, entre la naturaleza y su historia, entre el delirio de persecución —ser mirado sin saber por quién— y la soledad resultado de la libertad.

*Segundo*, son formas por medio de las cuales la naturaleza se transparenta y lo sagrado se hace visible, liberando al hombre del terror. La imagen sagrada mediará entre el hombre y la realidad.

*Tercero*, la aparición, imagen y cualidad de mediación de los dioses da libertad y espacio; al hacerlo, dejan un vacío que apunta su falta de identidad. Cuando los griegos padecen una ausencia de ser, les falta un ser que no tienen, pero que necesitan.

<sup>3</sup> María Zambrano, *Notas de un método*, op. cit., p. 110.

<sup>4</sup> Estela Montes, “El espejo de Atenea. Divina tragedia de la palabra”, en *Asparkia Investigació Feminista (Monogràfic dedicat a María Zambrano)*, núm. 3, Universitat de Jaume/ Institut Valencia de la Dona, 1994, p. 71. Para Zambrano, la poesía convierte el delirio en razón sin abolirlo, ya que: “La identidad dionisiaca de la palabra es reencarnada en la Poesía —que es forma de conocimiento— de forma trágica, donde la Terrible Belleza y la sombra son diluidas por el espejo de la metáfora [...] que tiene el mito como enigma y revelación de un pensar que se torna sabiduría y el silencio como máxima verdad” (*ibid.*).

<sup>5</sup> María Zambrano, *Algunos lugares de la pintura*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, pp. 38-40. Ella refiere como *fysis* el lugar de lo sagrado o lo sagrado mismo; el revelarla en una idea es la humanización más definitiva que se ha dado a la historia, pero la *fysis* sólo aparece enmascarada, pues es una fuerza acerca de la cual nada sabe el hombre y de la cual se libera a través del concepto.

## LA POESÍA Y EL MISTERIO ÚLTIMO

Prevía a la ausencia de ser en los dioses y a la lucha, hubo el elemento positivo de la inspiración proveniente de ellos y que fue indispensable para lograr la pregunta. La poesía pudo, así, descubrir las figuras de los dioses en su juego, que aludían al misterio último de donde emanan las razones y las sin razones que no serán pronunciadas por oráculo alguno. Aquello a lo que se dirige el padecer humano, a quien Edipo sacrifica sus ojos y Antígona su cuerpo:

[...] resistencia irreductible que todos los dioses juntos dejaban intacta y frente a la cual, ellos también, eran “sombras de sueño”. Dios de la angustia y de la esperanza, que se hace sentir en una persecución que sólo cesa cuando ha tomado para sí [...], el sentido de la vida.<sup>6</sup>

Es desde este parámetro que el tiempo como categoría del universo se concibe, por un lado, como unitario y múltiple, donde el transcurrir no supone la caída constante del presente hacia un fondo oculto, sino que alberga lo real y su germinación es inacabable; y, por otro, el tiempo humano que avanza devorándose.

Entre esta tensión de tiempos se enlaza la vocación de la poesía primera, ahí donde se muestra el lenguaje sagrado, escuchado todavía en las verdaderas formas y fórmulas de la liturgia. Para quien las consume, son vehículos del misterio y, si las reflexiona, encuentra en ellas poesía “y quizá la matriz misma de toda la poesía, la patria de donde procede”.<sup>7</sup> La patria prenatal es la poesía viviente, el fundamento poético de la vida, el secreto de nuestro ser terrenal.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> María Zambrano, *El hombre y lo divino*, Madrid, Siruela, 1991, p. 62. Debe recordarse que, para Zambrano, a través de la poesía se da: “el acto de crear el mundo, un mundo del que pueda hablarse, a partir de lo inexplicable. Nombrar no consiste en dar nombre a algo ya conocido, sino en abrir una perspectiva antes no habida por el simple hecho de no haber sido vista. Nombrar poéticamente es crear por la palabra, dar existencia, esto es, sacar del ser oculto y misterioso, innombrado, al ente: lo visible [...] Al poeta le corresponde abrir, desentrañar aquel fondo de donde surge el ser: el lugar de lo sagrado. Por ello afirma Heidegger que el poeta habita cerca de lo sagrado. Los poetas señalan la abertura, ‘consagran el suelo’, abren en la tierra el lugar común de lo sagrado, esto es, permiten la extrañeza y el asombro ante lo existente; y por ello su penetración: el acceso al ser”. Chantal Maillard, *La creación por la metáfora. Introducción a la razón-poética*, Barcelona, Anthropos, 1992, p. 51.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 101. Aquí se alude al juego de palabras *consume-consumarse*, siendo la diferencia que consumarse es transustanciarse, transmutarse de una sustancia en otra, o bien, de una sustancia en una esencia. La referencia se halla en María Zambrano, “Escritos sobre F. Nietzsche”, en *Philosophica Malacitana (Actualidad de Nietzsche en el 150 Aniversario de su Muerte)*, suplemento, núm. 2, Málaga, 1994, p. 138.

<sup>8</sup> María Zambrano, “La Cuba secreta”, en *María Zambrano en Orígenes*, México, El Equilibrista, 1987, p. 46.

Los dioses, al ser forma sagrada, inviolable y enigmática, van más allá del concepto; son gestos fijos de la vida del ser y sus contradicciones no se resuelven en el principio de identidad, por lo cual su máxima racionalización podría ser un lenguaje jeroglífico. Hubo un tiempo donde las palabras eran como los dioses: formas de ellas mismas, herméticas, carentes de contenido lógico e irradiantes; después, fueron donadas al hombre a través del sacrificio divino ya olvidado o fue un nacimiento divino que, sustentado en el sacrificio, lo sobrepasó, a tal grado que las hizo sentir como don y sustancia.

La palabra inicial es la primera sustancia a nacer y la última ganada por los mortales. De aquí que el llanto sea recuerdo del pasado donde todo discurría sin que hubiera conciencia, ese lugar del uno indiferenciado. Cuando la razón despierta violentamente provoca, a la vez, el olvido y la melancolía que laten en lo hondo del corazón:

[...] el corazón, o aquello que lo profetice y configure, puede llorar por lo que nunca ha visto, puede echar de menos lo que sabe que nunca verá, el nacimiento sin más de la vida aquí, ha debido ser así un llanto, un clamor, piedras que gimen, indecible dolor hasta que se forma o nace algo sin nombrar aún, pues lenguaje no hay.<sup>9</sup>

El corazón mueve moviéndose y es recinto donde habita el lenguaje verdadero:

[...] aquél que sólo brota del presentimiento de la corazonada [...], tiene aquí el corazón sus ojos propios. La mirada contempla lo que el corazón sueña desde su reservado despertar. Tal visión y su eco (el signo) se transmutan, con dicha, en palpables latidos. El corazón nos escribe.<sup>10</sup>

Escribe con el latido, movimiento del sonido y del silencio, y quien atento escucha gusta de aquello que ni siquiera sabía estar guardando: el corazón lo ofrenda en el albor de la palabra.

La aurora de la palabra es antecedita por la noche que es siempre de algo y cuya abundancia es la noche del sentido, en la cual la palabra, corriendo el riesgo

---

<sup>9</sup> María Zambrano, *De la aurora*, Madrid, Turner, 1986, p. 17.

<sup>10</sup> José Miguel Ullá, "Sueño y verdad del corazón", en *María Zambrano. Premio Miguel de Cervantes 1988*, Ministerio de Cultura/ Dirección General del Libro y Bibliotecas/Centro de las Letras Españolas, Barcelona, 1986, p. 19.

de lo que de verdad ha de nacer, hace sentir que la germinación, la ceguera y la mudez, traídas por la negrura, son comienzo, latido único donde sentir y razón son plenos. Tras este avanzar nocturno, la palabra es la misma sustanciación; no es el lenguaje pero lo sustenta, porque la palabra da vida y luz. Su blancura se derrama en algunos lugares cuando ella misma se vierte en múltiples modos de aparición y trascendencia y el lenguaje poético la ofrece articulándose con un mínimo de representación o figuración o careciendo de ellas, haciendo presentir la creación. *Sea la luz y fue la luz.*<sup>11</sup>

## EL POETA

El poeta, inmerso en el suceder del tiempo y en un espacio delimitado, sufre como ningún otro la sensación de asfixia de su confinamiento, devorado por la nostalgia, herido por la añoranza y en estado de sueño inocente trata de hallar esa patria donde la unidad sagrada del origen no conlleva culpa alguna. De ahí proviene su creación, su realizar horizontes y su insaciabilidad de intimidad con las formas de la realidad que lo conducen a descubrirlas. Esta nostalgia “encierra un don de la infancia del mundo, del alba del lenguaje; reiterada germinación de la aurora de la luz y de la palabra”.<sup>12</sup> Tiempo anterior no determinable donde la pasión trata de regresarle a la palabra su inocencia:

Creyentes en la inmaculada concepción de la palabra, de la palabra inocente [...], de pureza activa en que la pasividad se consume y el espíritu —*nous poetikos*— se consuma, la palabra en el orden de la creación, don o huella al menos de la única criatura inviolada del *fiat* por ella pronunciado tras de haber pronunciado: *Ecce ancilla*.<sup>13</sup>

---

<sup>11</sup> Biblia, *Génesis*, 1, 2.

<sup>12</sup> María Zambrano, *Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las artes*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991, p. 109. Véase, además, su artículo “Las siete edades de la vida humana”, en *Jábega. Revista de la Diputación Provincial de Málaga (Número monográfico. Homenaje a María Zambrano (1904-1991))*, núm. 65, Málaga, 1989, pp. 11-16, donde ahonda en el concepto de la infancia en relación con el nacer y con la palabra.

<sup>13</sup> María Zambrano, *Apuntes sobre el lenguaje sagrado y las artes*, op. cit., p. 109.

*Quête* de la poesía donde hay una palabra que se cuida y guarda, que se busca porque su ausencia insustituible es punto incolmable en el centro de todo: *palabra original* que es fuente de la cual provienen las demás; fundación del ser que recrea la realidad. El poeta, recibe esta *palabra creadora*, a la que le será fiel, pues su destino es vivir y morir por ella, donarla caritativamente y, al hacerlo, regresar al origen con los demás, en comunidad, pues es diálogo, relación con el otro.<sup>14</sup> Así, se adentra en la espesura y andándola llega al punto donde el centro se le interna; reconoce las huellas de la palabra transmutada y las notas de la música que lo guían en su descenso al alma, susurro que le anuncia: “una muerte metafórica para así concebir, nacer de nuevo o definitivamente [... no busca], es un puro receptáculo donde la belleza enamorada lo posee hasta llevarse de él, o quizá hasta entregarle la obra que destella”;<sup>15</sup> ese algo inapresable que es fruto de la comunión que lo aniquila y, a la vez, lo reintegra en la obra.

#### LA DISPUTA POR LOS DIOSES

El poeta parte de una pregunta no formulada, de una respuesta vista que en la tragedia se eleva en queja y en llanto o como un discurrir en el corifeo. La conciencia del poeta asume la función de ser autor: creador responsable de todo lo que alienta, de las sombras o los medios seres, de ese fragmento de la unidad que ni siquiera se insinúa y que, por su acción, se hará visible.

El filósofo se inicia por una pregunta que implica la aparición de la conciencia y la ruptura con el mundo que le circunda, sendero que será abierto paulatinamente con la claridad del horizonte y que, a la larga, será *método*. Por ejemplo, Tales de

---

<sup>14</sup> Antonio Crespo Massieu, “La revelación por la palabra”, en *Asparkia Investigació Feminista (Monogràfic dedicat a María Zambrano)*, núm. 3, Universitat de Jaume/Institu Valencia de la Dona, 1994, p. 41. “Palabra esencial que se ofrece, que tiende siempre al diálogo, pues es en sí misma diálogo, que dirige siempre a los demás, siempre abierta, donación que reclama al otro [...], palabra que al pronunciarla hace del ser humano un dios vuelto al origen primero del mundo, al preciso instante en que el nombrar se identifica con la creación, esa palabra, raíz última de la poesía, don recibido y conquistado del poeta, se ofrece, se regala a todos para que, en un movimiento de amor, en una afirmación plural y comunitaria, gozo extendido, pasión compartida, vayan a las cosas y descubran el secreto misterio que las anima” (*Ibid*).

<sup>15</sup> María Fernanda Santiago Bolaños, *La llama sobre el agua. María Zambrano-Ramón Pérez Carrió*, Alicante, Ediciones Aitana-Altea/Fundación María Zambrano, 1994. p. 19.

Mileto rompe con los dioses como imágenes que no brindan el espacio y la soledad suficientes para que el hombre sea enteramente. Su pregunta es un retroceso a la ignorancia primera: un hundirse en capas más oscuras para olvidar todo icono e idea; actitud presente siempre que la filosofía nace o renace.

El alma vacía de sus imágenes, en la soledad de quien ha perdido la intimidad del trato con las formas de lo sagrado, es desplazada por la actividad de la mente que, embriagada por la revelación de la pregunta, se encuentra con su alimento: *la realidad que surge como problema*. El hombre ya no requerirá de los dioses para responder, pues su duda versará sobre lo que se encuentra detrás de ellos. La ignorancia se convertirá, así, en el lugar donde se liberará de la persecución y ganará un espacio y una soledad necesarias para despertar.

La poesía seguirá prisionera de ese delirio de persecución del que nunca se liberará. La pregunta filosófica tiene mucho de persecución, un género nuevo de persecución, que la mente humana inicia después de haberse despegado un tanto del delirio persecutorio padecido por tan largo tiempo y a medias apaciguado bajo las imágenes de los dioses.<sup>16</sup>

El poeta, por el contrario, seguirá dando su ser como sustento de lo resguardado en el silencio y mirará con recelo al filósofo liberado de aquello que a él lo persigue y que, incluso, se lanza a perseguirlo con preguntas. Quizá allí estribe la mayor diferencia: el filósofo no sólo busca razones, sino que da razones de su razón; asume la responsabilidad de sus palabras, que van cargadas de pretensiones distintas, así como el compromiso de su sendero. Por ello, en Grecia, a falta de un profeta o un sacerdote, el mando, que era asumir el papel de hablar en nombre de la divinidad, de indicar un camino, se disputó entre poesía y filosofía. Para Zambrano los tres momentos decisivos de esta lucha en Grecia fueron:

*Primero*, el filósofo venció porque retrocedió a una capa más profunda de ignorancia; sin embargo, es una victoria extraña pues la respuesta a la pregunta por las cosas hallada por los presocráticos fijó la mirada sobre el *apeiron* “una realidad, primaria, original; sagrada por oculta y ambigua, por apenas nombrable”,<sup>17</sup> frente a la cual el poeta sentía temor y temblor, porque era lo sagrado a revelar.

<sup>16</sup> María Zambrano, *El hombre y lo divino*, op. cit., p. 67.

<sup>17</sup> *Ibid*, p. 69. El nacimiento de la filosofía es posible por la lucha establecida entre el hombre y lo sagrado, por las imágenes poéticas de los dioses que crean el espacio para que se dé un vacío-soledad que

*Segundo*, la pregunta se acompaña de la respuesta y la actitud lleva a la investigación filosófica. La filosofía, después de descender al lugar donde está la conciencia originaria, mostró esta realidad y le dio un nombre.

*Tercero*, la filosofía pregunta y encuentra, pero el hallazgo es más bien poético, porque era a través del poeta como los dioses hablaban, pero tanto el lírico como el trágico dejaron cubierto el fondo de lo sagrado. Este primer servicio dio a la conciencia un saber a qué atenerse. De aquí que en la etapa presocrática, filosofía y poesía estén unidas y que el discernimiento de la filosofía esté delimitado por dicho fondo indiferenciado. La dialéctica iniciada por Sócrates culminará en la denuncia de Platón logrando que la filosofía se desprenda de la poesía.

La lucha, pues, se centra en la actitud frente a lo sagrado, la relación con lo divino y la piedad como trato con lo otro. La diferencia estriba en la acción que ejercen. La filosofía lo que busca es el ser, una justicia para las cosas que son y para que el hombre sea en la claridad de la inteligencia que da una identidad entre lo que se conoce y lo conocido. Por esto dudará ante la multiplicidad de la realidad y no descansará hasta extraer lo unitario: acción fundamental de transformar lo sagrado en la unidad de lo divino o la idea de Dios. Así se quedará entre dos polos: el *apeiron* como esa realidad sagrada, oculta, ambigua, donde todo se contiene; y la *idea* del uno de Parménides, unidad de identidad que muestra el problema del ser y del no-ser en sí mismo.

Con el tiempo, la filosofía llegará a una idea de Dios que conservará del *apeiron* la realidad máxima, pero sin ambigüedad: “idéntico a sí mismo, siendo al mismo tiempo el sostén último del ser de cada cosa y su garantía ontológica. Permaneciendo en sí mismo y en todo. Justicia última sobre la injusticia de que cada cosa llegue a ser”.<sup>18</sup>

---

posibilita la pregunta, aunado a ello se encuentra la insuficiencia de los dioses para dar un sentido a la vida. Véase Gregorio Gómez Cambres, *El camino de la razón poética*, Málaga, Ágora, 1992, p. 82.

<sup>18</sup> María Zambrano, *El hombre y lo divino*, op. cit., p. 74. Al respecto, véase Ramón Xirau, “Lo sagrado”, en *Dos poetas y lo sagrado*, México, Joaquín Mortiz, 1980. Xirau considera autores tales como Friedrich Schleiermacher, Bachofen, Emile Durkheim, Callois, Mircea Eliade y Rudolph Otto para esbozar que el centro es lo luminoso, lo consagrado, espacio que procede de una experiencia primordial, que contiene un axis-eje que implica orden, renovación con puntos fijos que son núcleos referenciales. Ante lo sagrado, *mysterium tremendum*, se siente temor-tremor porque lo *tremendo* es la inaccesibilidad, es la energía y el *misterio*: “nos admira, nos asombra, y nos conduce no tanto al temor como al pasmo. Naturalmente, el misterio queda en el reino de lo indefinible [...] se entrega, pero es indemostrable. Es probable que quienes más se acercan al misterio sean los místicos” (*ibid.*, p. 17).



Injusticia que es entendida como el ser que, al salir de un fondo indeterminado, porta consigo esa indeterminación. El *apeiron* trata de resolver tal injusticia al reabsorber las cosas en la unidad que no puede donar, por tanto, al no poder otorgar ser no puede permitirlo. Y esto es para Zambrano el fundamento del problema del ser: “vencer por la visión la oscura resistencia de lo sagrado, desentrañar dentro de ella la pura esencia que siendo hace que cada cosa sea; descubrir al final al ser que hace ser”.<sup>19</sup>

---

<sup>19</sup> María Zambrano, *El hombre y lo divino*, *op. cit.*, p. 74.